

Valentina Vacó. *Hedonistas*
Texto de Ester Almada

Escribe Valérie Tasso en su libro *Antimanual de sexo*: “El hedonismo es una actitud ante la vida. Es una filosofía vital que prima el instante sobre el devenir, que reivindica la valentía sobre el miedo, que respeta la materialidad y cuestiona el espíritu, que gestiona lo que sucede sin despreciarse por lo que nunca sucedió, que aprecia la lógica de vida y cuestiona la lógica de muerte, que sabe que lo suficiente es suficiente, que busca el placer donde está, no donde se busca, que hace de su cuerpo su aliado, no su prisión [...] El hedonista ejerce el difícil arte de establecer la paz consigo mismo”.

Todas estas cuestiones son planteadas por Valentina Vacó en su primera exposición individual en La Gran, titulada *Hedonistas*. La muestra los invita a conocer de cerca a unos personajes sumidos en escenas catárticas, que nos incitan a reflexionar sobre la propia existencia, la romantización de la juventud, lo efímero de la misma, el deseo, el amor, el dolor, y la búsqueda constante del placer y la felicidad. Influenciada por artistas como Jessie Makinson, John Currin o Sasha Gordon, y muy cercana en su proceso pictórico a la ilustración, Vacó nos propone un mundo cinético en el que los colores, tratados con tinta acrílica, no se degradan ni se mezclan entre ellos, sino que cada color en cada trazo mantiene su autonomía. De esta manera, aparece una cierta psicodelia en sus trabajos, otorgándole a los elementos que componen sus obras la idea de movimiento.

En las obras presentes en esta exposición toman protagonismo las plantas: domésticas, carnívoras y salvajes, envuelven a las protagonistas de sus retratos en un halo de intimidad y misticismo, en un frágil equilibrio entre bienestar y peligrosidad. En la obra *Sobre fumar*, Vacó nos introduce un personaje que se presenta como protagonista y que invade el lienzo por completo: el humo, sutil, etéreo, tóxico, envuelve la escena. El acto de fumar, como condena y placer al mismo tiempo, como momento de desconexión, de relajación, de espera. Una pequeña diablita, que reposa sobre las hojas de una planta situada al fondo de la escena, observa al fumador, del cual solo podemos ver su mano mientras sostiene el cigarro. Representa la subversión y la tentación frente a la moral, a lo nocivo. *La diablilla y el cigarro* nos trae de nuevo a este personaje, que observa el cigarro posado sobre un hueco en el alicatado, sobre el que también reposa una planta. La vida y la muerte, y entre ellos, la tentación, la subversión de realizar un acto reprobado.

En *El alma de la fiesta: algo sobre disociar*, Vacó nos presenta, como diría Bukowski, “el incendio de un sueño”: una mujer, sentada en un sofá, sostiene un cigarro entre sus dedos. Unas copas se derraman a su lado, sobre el alféizar de la ventana. Las velas se han empezado a consumir, y las cortinas, movidas por el viento, han comenzado a arder. El personaje, mientras tanto, duerme, con una mano sobre su pecho, aparentemente ajena a lo que está sucediendo. Es la representación de la decadencia misma, el fin de la fiesta, el mundo en llamas. Mientras los demás quizás disfruten al otro lado del lienzo, el personaje protagonista agoniza en la nostalgia, en la tristeza que refleja su piel azul, que nos induce a la idea de mortalidad. El único retazo vital, la planta Monstera, que cobra vida y envuelve al personaje, como si tratara de protegerla del caos que está a punto de dar comienzo.

La protagonista del lienzo *Hace frío y estoy lejos de casa*, se encuentra en la misma postura que la de *El origen del mundo* de Courbet. Solo que, en esta ocasión, el paraje es menos cálido y nos sugiere la idea contraria: el fin del mundo. De nuevo, un personaje melancólico, reposa sobre un paisaje nevado. Una herida a la altura del pecho izquierdo vierte lágrimas de sangre sobre la blanca nieve. La sensación de soledad, de frío y de aislamiento se imponen en la escena. Unas dalias negras rodean el cuerpo de la protagonista, como si se tratara de una Ofelia moderna, y, aun así, con ellas, aparece la esperanza: las flores resisten ante la adversidad del paisaje, al miedo a la soledad de la protagonista en un entorno inhóspito.

Una sensación similar nos transmite la obra *Cuando estás deprimido y te cae mal tu amigo imaginario*, en la que, a través de la fantasía, Vacó ironiza sobre aquellos pensamientos negativos que se apoderan de nosotros en estados depresivos. Esa parte de uno mismo obsesionada con el pasado, presente y futuro está representada a través del humano con cabeza de caballo (que nos recuerda al avatar del dios hindú Visnú) y las cuatro pupilas que contienen sus ojos.

El terror nos encuentra en la obra *A la oscuridad y otros miedos*, en la que el frío y la sombra se apoderan de la escena. La protagonista se tapa los ojos con una mano, como si una luz azul cegadora le impidiese mirar a lo que tiene enfrente. Unos crisantemos y unas perlas parecen ser la única compañía, lo cual enfatiza el carácter lúgubre y mortuorio de la escena. Un choque de sentimientos, entre la tristeza de la soledad y la fobia a lo desconocido, a lo externo, a lo ajeno, al riesgo de salir de la reclusión para darse encuentro con lo inexplorado: la valentía de dar un paso al frente, el pulso entre la mente y el corazón.

Escribía Jane Austen en *Orgullo y Prejuicio* que “el orgullo está relacionado con la opinión que tenemos de nosotros mismos; la vanidad, con lo que quisiéramos que los demás pensaran de nosotros”. En un mundo dominado por ambos sentimientos, Vacó nos muestra en la obra *Trofeos de la vanidad*, su máximo exponente contemporáneo: el *selfie*, una imagen capturada para no solo el disfrute de la persona que toma la fotografía, sino destinado principalmente a la exposición pública. La herencia de Narciso, solo que en esta ocasión no es un rostro lo que se ve reflejado, sino dos cuerpos desnudos unidos, abrazados. Un momento de intimidad, un silencio roto por el *flash* de una cámara, con el fin de demostrar al mundo lo que se cree que se posee. El tratamiento del color, simulando la visión térmica, eleva la temperatura de la escena. Dos cuerpos que se desean, pero que quizás desean más ser deseados.

La mitología griega se asoma a través del personaje de *La euforia de la juventud y el amor contemporáneo*: una mujer desnuda yace tumbada sobre el suelo, mirando la pantalla de su móvil. Con su cabello, largo y trenzado en rastas, se asemeja a la figura de Medusa. Un personaje malogrado desde la visión heteropatriarcal a lo largo de la Historia, que en épocas recientes se ha convertido en un icono feminista, a través de teóricas como Hélène Cixous y posteriormente el movimiento #metoo. Se entiende la semejanza pues, a través de la ventana abierta, percibimos la figura de un hombre que observa a la protagonista desde el edificio de enfrente. La figura del *voyeur*, el mirón, que desea desde las sombras, desde la toxicidad del anonimato. La protagonista, ajena a todo ello, se encuentra rodeada por diferentes objetos, asociados a la diversión, al amor, la admiración y a la vanidad. El suelo sobre el que está tumbada parece lava líquida: de nuevo, un elemento psicodélico en la obra de Vacó produce un estímulo visual sobre la perspectiva de la escena. El amor, la diversión, el deseo y el peligro se entrelazan en un frágil equilibrio en la escena.

La exposición concluye con la obra *El principio del fin*, en la que la artista manifiesta un derroche de imaginación con la incorporación de personajes fantásticos y mitológicos que se apoderan del protagonismo de la escena. El personaje principal, una figura femenina sumida en una mezcla de furia y éxtasis, se encuentra alzada, con los brazos extendidos, por otro personaje de largo cuello con varias mamas de las que brota oro líquido. Una Libertad que en esta ocasión solo se guía a sí misma, intentando desencadenarse, como un Prometeo moderno, de aquello que la oprime. La idea de la codependencia, de la depresión y el éxtasis, solo se ve menguada por el tercer personaje de la composición, una suerte de Blemio de la mitología romana, un cuerpo sin cabeza cuyos ojos y boca se encuentran en su pecho, donde se hallan las emociones. La naturaleza vuelve a apoderarse de la escena, pero esta vez no desde un plano doméstico, sino salvaje, denso, que parece devorar a los personajes. El suceso se desarrolla en pleno atardecer: como su título indica, se trata de la decadencia, el principio del fin. El comienzo de una nueva etapa.

Valentina Vacó. *Hedonistas*

La Gran
de 13/4/24 a 11/5/24

Valentina Vacó trabaja una pintura figurativa próxima a la fotografía y a la experiencia cinematográfica, a través de las cuales puntualiza la cercanía y la conexión con la realidad de sus trabajos, a la vez que nos sumerge en un mundo de fantasía a través de su propia cosmogonía de personajes y la simbología, misteriosa y oculta, de los elementos.

Ester Almeda